

LA MÁQUINA

néstor flores



AUDIOFICCIONES

Hola. ¿Hay cerca suyo alguien que esté dispuesto a creer que podemos clonar un mamut a partir de una gota de su sangre congelada? Difícil. De hecho, ni usted lo cree. Sabía, de todos modos, que jamás la creería. Se advierte que usted es de esos caballeros que creen en las maravillosas virtudes del hielo solo cuando permanece sumergido en un vaso de whisky, y nunca podríamos convencerlo de que puede congelar el tiempo y la magia de la vida. A propósito del hielo y del whisky, hay una última pregunta que deseo hacerle antes de dejarlo con mi historia: por el motivo que sea, ¿hace cuantos años que no orina su pantalón? Si no lo recuerda entonces es probable que también haya olvidado el olor de una chinita al ser aplastada con los dedos o que es imposible oír la llegada de un escupo al caer al pavimento cuando es lanzado desde un sexto piso y no así cuando el lanzamiento ocurre desde el quinto, que es el ultimo piso que permite escuchar el breve pero emocionante estallido que emana tras su colisión contra el suelo. Son niñerías, ¿no es cierto? Claro que son niñerías: Degustar el olor de un coleóptero muerto, esforzarse por escuchar la caída de nuestra propia saliva y soñar que seremos víctimas de extrema admiración al ver caminar un mamut son situaciones que sólo pueden subsistir en la mente de un niño. Y que esperaba de mí, si sólo tengo nueve años y siempre que cazo una china la aplasto entre el índice y el pulgar; en todas las visitas a la oficina de papá me asomo a la ventana del enorme edificio y escupo con la perdida esperanza de oír su llegada al suelo, y aún creo que pueden hacerse realidad esos raros sueños que hace mucho tiempo usted dejaste de tener.

Mamá siempre me retaba. Yo decía que ella ni nadie entenderían cuáles eran mis deseos y mis inquietudes. Pensaba que mis padres no me querían y que yo no era mas que un torpe incomprendido que se dedicaba a dibujar extrañas naves espaciales en el cuaderno de Lenguaje o a describir como debía ser la máquina que me llevara de este año a otro en el futuro, en vez de apuntar la fecha y el lugar de nacimiento de un tal Diego Portales o no sé qué viaje de un tal Alejandro Magno. Recuerdo especialmente que hace unas tardes mamá llegó de mi reunión de curso y entró furiosa a casa chillando que si no cambiaba, me internaría. Gritaba eufórica y despeinada que debía dejar de leer a Arthur Clarke mientras la profesora dictaba su charla; que tiraría a la basura mis libros de historietas de Julio Verne y mi colección de cuentos de Bradbury. Que si no obtenía buenas notas jamás sería astronauta y que ni soñara con el estúpido video de la vida de Hawking que le había pedido para Navidad. Eso aullaba cuando me sorprendió mientras ocultaba con una mano la antología de Cirano de Bergerac que había obtenido en la biblioteca del liceo donde estudia mi hermana y con la otra deslizaba bajo la cama la máquina

de afeitar vieja de papá y la radio a pilas que estaba desarmando para poder terminar de fabricar La Máquina.

Ahora me observa en el living y sonrío nerviosa y feliz de verme en casa, pero bastante inquieta, reconociendo a hurtadillas que no cree nada de lo que yo le aseguro que ha pasado. Se que ella sueña con que desaparezca esa supuesta locura que todos aseguran que hay en mí. Necios todos ellos. Manteniendo un vaso de Milo caliente en la mano, sentado en el viejo puf de cuero que nos regalara la abuela, permanezco frente al televisor mientras mis dibujos animados favoritos, Los Supersónicos, vuelan de un lugar a otro como mamá asegura que deseo hacerlo yo con mis raros artefactos, como si fuera un avión y no La Máquina lo que deseaba construir. De seguro ella más que nadie ha olvidado todo acerca del olor de una china luego de ser aplastada y la teoría básica de un escupo en caída libre. Y ni hablar de resucitar a un mamut. Miro a mamá por el rabillo del ojo y me convenzo más cada vez de que debió orinarse mientras, junto a los policías, escuchaba el relato que ellos me pidieron que contara acerca de donde y con quién estuve las últimas veinticuatro horas. Me he cansado de decirle a ella y a los policías -que al fin se fueron- que todo cuanto les relatara era la más absoluta verdad y que si La Máquina no funcionase y la respuesta fuera otra, cuando pudiera averiguarlo ellos serian los primeros en saberlo.

Mamá se había pasado los últimos tres años de su vida regañándome como si aquellos retos fueran parte de un contrato, insistiendo dos o tres veces al día para que no hiciera más de esos absurdos artefactos que me quitaban el tiempo que debía emplear en aprender mis lecciones, ya que jamás esas raras cosas volarían. Ella no sabe que jamás en la vida podré repetir algo tan maravilloso como La Máquina. Lo más gracioso de todo es que volar, como un gorrión, un avión de papel o la nave de los Supersónicos, que son las versiones de vuelo más conocidas por ellos y por mí, jamás estuvo dentro de mis planes.

Son divertidos Los Supersónicos. Solo un niño como yo podría entenderlos. Las viejas y feas hermanas de papá, por ejemplo, llegan a casa a visitarnos y, en el horario de Los Supersónicos, me cambian el canal. A esa hora transmiten una telenovela que ellas siguen como si les hubieran prometido que había premio a los más fieles televidentes. Siempre he pensado que nada en mi vida es peor que la llegada de las tías, con papá obligándome a besarlas en la mejilla y ellas poniendo su aceitosos y ásperos labios en mi rostro. No miento cuando digo que después de sus besos puedo lavarme mil veces la cara sin que desaparezca del todo la sensación de haber sido lamido por Godzilla, el Yeti y Tantor. Pero analizándolo bien, sí hay algo peor que eso, y es

la imposición de besarlas sumada a la obligación de cederles el televisor y perderme Los Supersónicos. Algún día, si regreso, hablaré con papá para negociar esos macabros besos a las tías. Creo que tratándose de mí, un esmirriado muchacho que aun no cuenta con una decena de años de vida, nada será más justo que premiar el sacrificio de besarlas con la posibilidad de ver Los Supersónicos.

Reconozco que dicen quererme mucho y que el libro Los Robots que tengo a un costado de mi cama seguiría en las vitrinas de la librería si no fuera gracias al esfuerzo que ellas hicieron por regalármelo. Además, según papá, durante mi desaparición ellas caminaron cuadradas y cuadradas con una foto de mi rostro, interrogando a quien se cruzara en su camino, consultando si alguien había divisado a un muchacho como el querubín de la imagen: delgado, de pelo muy corto, excesivamente tímido, con unas gruesas gafas modelo sesentón y que no habla nada que no tenga relación con viajes espaciales, extraños artefactos eléctricos y sus dos bellas y adoradas tías, ja, ja.

Fue un gran susto el que todos pasaron mientras trataban de encontrarme. De sólo pensar que, de algún modo, nunca estuve en otra parte mientras me buscaban, siento unos enormes deseos de repetir la aventura, dejándoles una nota o una grabación para no preocuparlos, advirtiéndoles que voy y vuelvo, que desaparezco y aparezco aquí mismo, sólo que en un tiempo más. Si tan sólo hubiesen abierto bien los ojos, habrían observado que nunca caminé a los lugares donde escudriñaron en la búsqueda y siempre estuve mientras ellos escudriñaban por la ciudad.

¿Acaso no entiende? Por supuesto que no entiende. Si ni siquiera recuerda el olor de la chinita muerta, ni el sonido del escupo y nada más te imaginas un mamut como un elefante con pelos. Pero, al diablo, aún puede dejar esta historia de lado. Si lo va a hacer, hágalo ya, porque empezaré a contar todo desde el principio, desde aquella tarde cuando comprendí que el tiempo podía estar en mis manos y que, tras hacer y deshacer artefactos, culminar La Máquina era sólo cuestión de tiempo.

No importa mucho como pude lograrlo, de la misma forma como preocupa muy poco a que temperatura descongelarán la sangre del mamut. Respecto al mamut, lo verdaderamente lindo será verlo caminar por Siberia con el sol y el hielo refractando en sus largos colmillos. A muy pocos nos importara el proceso de resurrección: sólo a los que aún nos orinamos cuando algo realmente maravilloso logra sorprendernos. Del mismo modo, como haya hecho La Máquina es un largo secreto que solo aletargaría este relato. Lo lindo, en este caso, es ver La Máquina

caminando por Siberia, mi propia Siberia, la que he construido en un desordenado rincón de mi dormitorio.

La hice con decenas de piezas de diferentes aparatos eléctricos y mecánicos, circuitos electrónicos y un par de pequeños motores extraídos de la vieja máquina de afeitar de papá y de una batidora. La obtención del motor de la afeitadora fue un regalo de papá. Pero para acceder al otro debí desarmar la batidora de mamá sin su permiso, en una acción que era más un rapto que un simple préstamo, lo que me costó el magnífico castigo de dos semanas encerrado en mi cuarto. Sólo podía salir a cenar, porque el desayuno y el almuerzo los llevaban a mi celda que era, a la vez, mi laboratorio. Es gracioso, pero esos son los castigos que valen la pena. Mamá nunca se imaginaba cuan valioso era para mí que me dijera "partiste a tu pieza y no sales de ahí hasta mañana". Esas dos semanas de castigo se transformaron en catorce días de dedicación absoluta a La Máquina. Sin lugar a discusión fue en ese período cuando más pude pensar en ella y reflexionar respecto a como resolver el mayor problema que me presentaba: como avanzar sin moverme.

Las piezas de artefactos eléctricos y mecánicos las fui obteniendo de muchas partes, durante lo que yo en esos lejanos días denominaba "el lento pasar del tiempo": una radio reloj que desechó mi hermana; un procesador de texto IBM de comienzos de la década del ochenta, que más parecía una vieja cafetera; la radio de un automóvil Seat 127 que papá vendió hace unos años; partes de relojes despertadores; imanes de antiguos parlantes; una guirnalda de luces de un olvidado árbol de Navidad, con sonido y todo; y una máquina de escribir Underwood, donación del par de cetáceos que debía llamar tías: también debo mencionar el rojo casco que un voluntario de la compañía de bomberos vecina a mi hogar me había obsequiado unos cuatro años atrás, cuando le demostré que podía leer sin trabas la frase "Cuarta Compañía de Bomberos de Chile". Además de un par de corroídas bujías, una batería Good Year sulfatada que encontré en el garaje, varias pilas y algunas decenas de cables de varios colores. Tú sabes, positivo, negativo y el cable a tierra, al que dedicaré un par de líneas más adelante.

Poco a poco la fui construyendo. Las dos primeras piezas en ser ensambladas fueron una escuadra metálica de color gris, que quedaba de un viejo juego de mecano que, para variar, los cetáceos me habían obsequiado para un cumpleaños, y el cromado condensador de un viejo Peugeot 404, que creo fue el primer auto de papé. Luego añadí los varios metros de cable tanto rojo como blanco, como dice la tradición, diferenciando el positivo del negativo. Calculé que con cinco metros de cable bastarían, pero, para evitar soldaduras sobre el cobre, decidí incorporar

dos metros a los cinco del diseño inicial. El Diseño Inicial... que título más fastuoso para un loco arrebatado mental como varios otros. Es cierto que había un plano muy claro del proyecto y una secuencia predeterminada e invariable de la sumatoria en todos los elementos que lo compondrían. Sin embargo debo reconocer que todo ello no estaba diagramado en ninguna otra superficie que no fuera mi cabeza.

Durante las primeras semanas, La Máquina fue guardada en el pequeño cajón superior de mi estropeado velador blanco, Pero, a medida que una pieza se agregaba a otra e iban todas formando ese extraño cuerpo sólido y pesado del que salían cables, trozos de metal, correas, diminutas y grandes ruedas dentadas, ampollitas y otros imprescindibles elementos, aquel compartimiento se hacía más pequeño. Pensé que más temprano que tarde me vería en la obligación de ocultarla bajo la cama. Además, como sabes, esa lluviosa noche de Junio el fuego devoró el viejo velador, por lo que ocultarla ahí se hizo imposible.

A las pocas semanas, La Máquina era ya del tamaño de un balón de fútbol; mucho más pesada, eso sí, pero en definitiva cubría el mismo espacio y...

Ya sé lo que usted esta pensando. Es muy previsible. Su morbosidad es superior a su espíritu científico y le fascinaría saber detalles del fuego del que estoy hablando. No importa. La destrucción atrae a las mentes como la suya del mismo modo como la mía es seducida por las ideas constructivas. Pero lamento defraudarlo, porque la destrucción de la noche del incendio no fue tanta como espera.

Esto es lo que esa noche sucedió.

Hasta ese momento, todo iba de maravillas con la construcción de La Máquina y ella, en su primera etapa y de acuerdo a mis cálculos, debía comportarse muy bien. Se trataba de un artefacto horroroso y siniestro, a tal punto que si hubiese tumores cancerigenos al interior de los grandes motores de los submarinos nucleares, sus células enfermas se verían tal como se mostraba La Máquina de esos días. Sin embargo, y sin estar finalizada, debía funcionar. Por decirlo de algún modo, lo que había construido hasta ese instante se trataba del motor de un automóvil que afuera de la cajuela debía arrancar sin problemas, dependientemente de que afuera de su sitio de mayor utilidad le resultase imposible mover un centímetro adelante o atrás al vehículo que debía envolverlo.

Curioso, como he sido toda la vida, aquella noche abrí el cajón de mi velador. A esa altura, por la hermandad contraída entre ella y yo y por esa oscura y abyecta vida que ella parecía estar adquiriendo, no sabía si lo abría para ver La Máquina, tal como debe hacer un orgulloso

padre al asomarse sobre la incubadora que protege a su hijo, o para que La Máquina me viera a mí. Aun así, algo muy fuerte en mi fuero interno me susurraba que era yo quien deseaba verla, introducida en el cajón del velador como si fuera un sabroso chocolate dentro de la bombonera o el cadáver de un bebé en su albo sarcófago. Al impregnarse aquella visión llena de muerte en mi cabeza supe que sólo una imagen colmada de vida podía sacarla de ahí, y la única expresión de vida con la que había soñado durante las recientes semanas era La Máquina. Así que, casi sin mayor meditación ni medición de las consecuencias, con algo de sueño y mucho cansancio, pero seguro de que ella funcionaria, desconecté la lámpara e introduje en la pared el enchufe de La Máquina. Luego, me senté en el piso, frente a ella. Con ambas manos tome el casco de bomberos que estaba adherido a uno de sus paneles mecánicos por medio de cables blancos, cables rojos y cinta aislante, y deposité mi cabeza en su interior. Marqué Más 30 Minutos en el Control, una especie de reloj diseñado a partir del Apagado Automático de la radio de mi hermana y el teclado de la IBM. Con delicadeza abracé el interruptor con mis delgados dedos y, cerrando los ojos, consciente de que juntos nos moveríamos sin avanzar, lo pulsé.

Abrí los ojos al instante, tras lo que me pareció una fracción de segundo.

El velador se había calcinado por completo, igual que casi la mitad de la cama, y gran parte de mi pantalón. El resto de mi pantalón estaba orinado. Dos voluntarios de la compañía vecina me bañaban con agua. Algo aliviado, uno de ellos me habló:

–¿Qué pasó, compadre?

Lo miré feliz. Ese incendio no pudo haber sucedido en menos de un segundo, al igual que la llamada de mis padres pidiendo que los bomberos acudiesen a combatir el fuego en mi dormitorio, ni menos pudo haber pasado tan poco tiempo para que ellos llegaran. Me sentía el hombre más grande del mundo, pero las piernas me ardían de una forma intolerable. No podía contener ni la alegría ni el dolor, y ellos debieron notarlo.

–El cable a tierra –le dije–. Olvidé el cable a tierra.

Cicatrizaron las heridas en unas semanas pero no cicatrizó el sueño de llevar La Máquina a la perfección. Tú sabes la historia: la china aplastada, el escupo cayendo, el mamut en Siberia y, por supuesto, la orina en el pantalón de un niño asombrado.

Recorrí cada trazo de cable rojo y blanco con un segmento idéntico de cable verde, de tal forma de no producir absurdas inconexiones en el torrente eléctrico. Después de algunas noches de silencioso trabajo pude decir al fin, con seguridad, que ella estaba funcionando tan bien como lo hizo esa fría noche de Junio, sólo que ahora no había cometido el infantil error

de olvidar la determinante conexión a tierra. Jamás volvería a poner el hogar que me acogía en riesgo de incendio. Lo único que quemaría con La Máquina era cada disputa de Galileo; los dictados del viejo Nicolás Copérnico; todos los descubrimientos de Bell; las migrañas de Einstein; las insospechadas teorías de Hawking y, por supuesto, las maravillosas visiones de Bergerac, Carrol, Verne, Asimov, Clarke, Bradbury y cientos otros que inspiraron La Máquina.

Hace lo que para mí fue un instante, estando solo en mi cuarto, pose el casco en mi cabeza, marqué Más 24 Horas en el Control y una vez más apreté ese tentador interruptor. No sucedió nada realmente. Nada, al menos, que fuera novedoso para mí. No hubo grandes explosiones ni fuegos incontrolables. Nada de incendios en el dormitorio ni bomberos corriendo a sofocarlo. Yo, simplemente, me coloqué el casco y, con el cable a tierra ya instalado en cada articulación de La Máquina, cerré los ojos e hice que mi dedo pulgar bajara sobre la insignificante palabra "On" en el interruptor que besaba las líneas de piel que determinan mi huella digital.

La historia no fue distinta. Abrí los ojos de inmediato, tal como la vez anterior, luego de una fracción de segundo. Seguía solo en mi cuarto. No podía ser de otra forma. En el mundo no hay grandes cambios luego de pestañar. Sin embargo, sobre el velador había velas, imágenes religiosas, relicarios y fotos mías, y en casa reinaba un caos incontrolable. Se oían muchas voces tras las paredes. Mi hermana mantenía un curioso dialogo telefónico: hablaba con el amigo de un ex pololo de no se quién que trabajaba en Investigaciones de Chile. Le manifestaba que necesitaba su intervención, que yo llevaba veinticuatro horas desaparecido, que nadie sabía nada de mí, que ayudaran a buscarme y que mamá estaba al borde del colapso.

Supe ahí que todo andaba a la perfección. Me quité el casco y lo dejé a un costado. Di un largo suspiro y la miré. Era el ser más horrible del Universo. Fierros eran sus dedos, ampollitas sus ojos. Su cabello fue construido con cables rojos, blancos y verdes, y al ver sus dos insignificantes motores, sus incontables ruedas dentadas, correas, imanes, trozos de metal, trataba de imaginar que, de alguna forma, eran su corazón, su hígado, su piel, sus ligamentos. Su cuerpo, en definitiva. Pero era imposible. La Máquina era mi vida, pero no tenía vida. No era más que trozos de metal trenzados al son del sueño de un niño loco. Piedras encaramadas, ladrillos sobre ladrillos. Una pared de fierro. Una montaña de rocas. Una máquina más conectada a la red eléctrica en medio de un mundo de máquinas conectadas a la red eléctrica.

De pronto, nuevos chillidos humanoides me sacaron de mis cavilaciones. Se trataba de las tías que regresaban a casa llorando sin consuelo. Recordé los manantiales de aceite que papá llama besos, sus labios engrasados, sus enormes pechos entorpeciendo mi andar, sus

bigotes arañando mis mejillas. A pesar de todo, ellas querrían ver la telenovela. Los Supersónicos se suspenderían hasta una nueva oportunidad y sería imposible evitar que sus labios cayeran sobre mí.

Miré a La Máquina y la abracé con la vehemencia y la pasión que siente un niño de nueve años por el máspreciado de sus tesoros. Luego, sin notarlo, puse mis labios sobre ella. Y la besé. Sentía agujijones de las ampolletas de pascua jugar con la humedad de mis labios, mi lengua rozar los coloridos cables y mis besos devorar cada trozo de metal. Ella permanecía silenciosa y era imposible negar que se transformó en el ser más hermoso del Universo.

Tras las paredes, mamá se unió al llanto de los cetáceos. Miré a La Máquina. Y Ella me miró a mí, estoy seguro de ello.

–Vuelvo –le dije, y salí de mi cuarto.

La impresión fue inmedible. Me refiero tanto a mi impresión como a la de los demás. En cuanto salí todos, salvo los policías, llovieron sobre mí como caen los compañeros de un futbolista que hace el gol de la victoria en el minuto noventa. Una jauría de labios me besaba. Un enjambre de manos me acariciaba. Un cardumen de lágrimas me lloraba. Por otra parte, una jauría de enjambres de cardúmenes de deseo me persuadía a volver a mi cuarto y ponerme una vez más el casco en la cabeza. Ya no estaba para abrazos banales. No iba conmigo llorar por veinticuatro horas lejos de un sobrino, cuando ya había pasado dos minutos lejos de La Máquina y no podía pensar en otra cosa que no fuera en que el casco estaba vacío porque los labios de mi familia me retenían momentáneamente.

Según ellos, había pasado un día desde la última vez que me vieron. Según yo... también. Mamá, las tías, y los policías más que nadie, me interrogaron durante largo rato acerca de que había hecho en ese tiempo, quien me había raptado o a que sitio había ido. Mamá me rogaba que no lo hiciera más. Los cetáceos insistían en que me fuera de casa, pero una vez que tuviera dieciocho años, nunca antes.

Me miraban inquisitivos a la espera de una respuesta. Les dije la verdad: "puedo viajar en el tiempo". Pero continuaron mirándome como un detective del FBI mira a un mafioso deportado de Sicilia. Nadie se orinó en los pantalones, excepto yo, que venía orinado desde mi cuarto sin notarlo siquiera. Es la historia de siempre: la china, el escupo, el mamut.

Los policías se fueron. Mamá está feliz. Y la emoción hizo que las tías olvidaran la telenovela. En el televisor, Dínamo, el perro de Los Supersónicos, lame la mejilla de su amo. Temo que si ven la imagen, las tías deseen besarme por enésima vez. Al mismo tiempo, recuerdo

los besos que le di a La Máquina y sueño con ver un mamut besando a sus crías.

Si me hubiesen creído, les habría dado la oportunidad de colocarse el casco y la alternativa de que ellos eligieran el punto del tiempo donde poner el Control. Pero da lo mismo, porque lo más probable es que hubiesen ido a tiempos que sólo a un adulto le gustaría ir. Ninguno de ellos me habría pedido ir a sus cinco años, cuando aplastaba chinás con los dedos, o a los siete, cuando escupía al suelo desde la ventana en la oficina de papá. Nadie en el mundo de los adultos me habría solicitado que lo llevase a ese día en su niñez, la última vez que el asombro mojó su pantalón.

Esta noche haré un último viaje. Por supuesto que iré con mi pantalón favorito, y llevaré dos o tres pantalones más. Dentro de mis cálculos está orinarme hasta que no quede una gota de agua en mi cuerpo. No llevaré cámara fotográfica, porque no creerían en esas fotos si algún día las vieran. Además, no sé si vuelva, y no estoy hablando de desgracias que me impidan volver pues me refiero a la ausencia de deseos por regresar.

¿Cuántos años más adelante estará el mundo de Los Supersónicos? ¿Siete mil? ¿Doce mil? Dínamo me besará como hoy lo hacen las tías. Podré volar como un gorrión, como un avión de papel o como lo hacen Los Supersónicos. Volar debe ser asombroso. Lo más probable es que me orine cuando ello suceda. Pero volar nunca ha sido el mayor sueño de un niño que mata chinás y escupe desde el sexto piso. Aunque reconozco que para lograr mi sueño tendré que viajar doce mil años, como si intentase llegar al fabuloso pero inexistente mundo de las caricaturas.

Esta noche, cuando todos duerman, me abrigare mucho más que de costumbre y, cuando el silencio impere en mi hogar, me pondré el casco. No sentiré temor alguno mientras accione el Control dejándolo en Menos 12.000 Años, ni tampoco cuando mis dedos presionen la palabra "On" grabada en el interruptor. Sé que de inmediato abriré los ojos y me orinaré cuando los vea.

Andarán en manadas sobre el hielo. Sus pelos serán más largos de lo que todos imaginaron y sus colas se abanicarán espantando los parásitos. Una enorme madre amamantaré a su bebé. Lo observaré feliz a pesar del frío reinante y la cría le sonreirá al sentir la calidez de la leche materna descender por su áspera garganta. A propósito: ¿sonreirán los mamuts?

Quizás. Esta noche lo sabré.

© 2006, Néstor Flores. Publicado originalmente en *Años Luz, mapa estelar de la ciencia ficción en Chile*, Universidad de Valparaíso-Editorial / Puerto de Escape.